

la primera lectura, por debajo de mis esperanzas; excepto el poema de Dante y el *Don Quijote*, que fueron prodigiosamente superiores á lo que yo me había imaginado, y eso que en estos casos no había yo puesto bajas mis esperanzas.»

No tuvo mucho tiempo para sus estudios de portugués. El viaje fué extraordinariamente rápido; el buque no empleó más que una semana en el golfo de Bengala y cuarenta y ocho horas en el Hugly. Encontró á su hermana cómodamente instalada en el edificio del gobierno, donde él mismo sentó sus reales durante las seis primeras semanas, porque lady Bentinck estaba muy prevenida en su favor por las cartas de su marido, más de una de las cuales terminaba con las palabras: «*e un miracolo.*» Hacia mediados de Noviembre, Macaulay puso casa, viviendo como siempre le gustó vivir, algo más en grande de lo que demandaban las estrictas exigencias de su posición. Su residencia, entonces la mejor de Calcuta, se ha convertido mucho tiempo después en el Club de Bengala.

*A Macvey Napier, Esquire.*

Calcuta, 10 de Diciembre de 1834.

Querido Napier: Al asunto ante todo. Por fin mandé á usted el artículo sobre Mackintosh, artículo que podrá pecar de todo menos de corto. Como yo deseaba transmitirle á Inglaterra por duplicado, si no por triplicado, me pareció lo mejor hacer imprimir aquí toscamente, bajo el más riguroso secreto, dos ó tres ejemplares. Así, los cajistas de Edimburgo no tendrán que molestar en descifrar el original, y el corrector de pruebas se encontrará con su trabajo hecho.

La desgraciada imbecilidad, y la aún más desgraciada malevolencia del editor, me han indignado, como verá, no poco. Supongo que las relaciones de Longman con la Revista no serán óbice para que inserte usted lo que digo sobre el particular; Southey y Lockhart han tratado sin conmiseración en la *Quarterly* á los editores de Murray; y sería fuerte cosa que nosotros no pudiésemos dar un buen varapalo en la *Edimburgo* á un ofensor de Mackintosh.

Ahora voy á empezar otro artículo. El asunto no le he decidido aún; quizá la poesía caballeresca de Italia, para lo cual ofrece una ocasión excelente la edición de Boyardo publicada por Panizzi; quizá el tomito de los *Caracteres* de Burnet, publicado por el obispo Jebb. Esto me recuerda que tengo que acusar el recibo de un cajón de Longman, que contiene este librito y otros libros de mucho más valor, como la *Correspondencia* de Grim, las *Cartas* de Jacquemont y varias obras extranjeras sobre jurisprudencia. Todo lo que ha enviado usted hasta ahora ha sido elegido acertadísimo. Y puesto que estoy con las manos en la masa, citaré unos cuantos libros que necesito, y que no es fácil que encuentre aquí: la *Historia de Venecia*, de Daru, la *Conjuración de Venecia*, de St. Real, las obras de Fra Paolo, la *Crónica* de Mostrelet y el libro de Coxe sobre los *Pelhams*. También me gustaría tener una edición verdaderamente buena de Luciano.

Mi hermana desea que envíe á usted afectuosas memorias. Recuerda con el mayor placer su visita á Edimburgo y la hospitalidad de usted. Lllaman á Calcuta, y no sin cierta razón, la ciudad de los palacios; pero yo no he encontrado en Oriente nada semejante á la vista que se descubre desde Castle Rock, ni es-

pero encontrar nada parecido hasta que volvamos á reunirnos ahí.

Muy afectuosos recuerdos á lord Jeffrey.

Suyo afectísimo,

T. B. MACAULAY.

*A Mr. Cropper.*

Calcuta, 7 de Diciembre de 1834.

Querida Margarita: Supongo que algunas cartas recientes de Anita te habrán preparado á oír lo que voy á participarte ahora. Ana va á casarse, y con mi más viva y completa aprobación. Bien puedo decir que, si yo hubiese recorrido la India en busca de un marido para ella, no habría encontrado un hombre á quien pudiese confiar su felicidad más seguramente. Trevelyan tiene unos veintiocho años. Se educó en la Cartuja (1), y luego fué á Haileybury, y vino aquí. En este país se ha distinguido sobre todos los hombres de su clase por su talento para los negocios, por sus ideas amplias y liberales en política, y por su mérito literario, que es mucho para sus circunstancias. Primero estuvo colocado en Dehli á las órdenes de Sir Eduardo Colebrooke, hombre muy poderoso y popular, pero extraordinariamente corrompido. Este hombre trató de iniciar á Trevelyan en sus infamias; pero el espíritu del joven era demasiado noble para tales cosas. Cuando sólo tenía veintiún años de edad, acusó públicamente á Sir Eduardo, jefe entonces casi del personal, de recibir presentes de los indígenas. Levantóse una verdadera tempestad contra el acusador. Todos eran denuestos contra él. Pero, con una firmeza y

(1) Es decir: en la célebre escuela londonense, instalada en el edificio que fué antes monasterio de cartujos. (N. DEL T)

habilidad rarísimas en hombre tan joven, presentó sus pruebas, y al cabo de algunas semanas justificó plenamente su acusación. Sir Eduardo perdió su puesto, y ahora vive obscuramente en Inglaterra. El gobierno de aquí y los directores de ahí aplaudieron altamente á Trevelyan; y desde entonces se le mira como hombre llamado á elevarse á la cumbre misma del servicio. Lord Guillermo le dijo que pidiese lo que deseara. Trevelyan contestó que podía hacerse algo por su hermano mayor, que está en el ejército de la Compañía. Lord Guillermo le respondió que había merecido con creces eso y cualquiera otra cosa, y dió al teniente Trevelyan un empleo diplomático muy bueno. Lord Guillermo, hombre que no tiene favoritos, ha dado siempre á Trevelyan las mayores pruebas, no de una ciega parcialidad, sino de una estima profundamente justificada.

No hace mucho nombró á Trevelyan subsecretario de negocios extranjeros, cargo de confianza importantísimo. Desempeñando esas funciones, le encomendó informar al gobierno sobre los derechos de tránsito de la India. Hará cosa de un año quedó terminado el informe. Enviaré á Inglaterra uno ó dos ejemplares de él, porque yo no podría decir nada de su talento ni de su espíritu público que fuese la mitad de satisfactorio. No vacilo en afirmar que el informe es una obra maestra en su género. Acostumbrado como estoy á los negocios públicos, no he leído nunca un documento oficial más excelente. Y no creo que haya, no digo en la India, pero ni en Inglaterra, otro hombre de veintisiete años capaz de escribirle. Trevelyan es un reformista ardentísimo. Lord Guillermo me dijo, antes de que nadie reparase en las atenciones de Trevelyan para con Ana: «Ese hombre se pone